

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos.—Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo.—Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Kullan hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

SUSTANCIAS CONTENIDAS EN EL AGUA COMUN, Y MODOS DE DESCUBRIRLAS.

Para adquirir el conocimiento de la naturaleza general del agua comun, basta el uso de algunos reactivos químicos, que indicarán la presencia, ó la ausencia de las sustancias que se trata de descubrir.

Casi todas las sales contenidas en el agua comun son carbonates, sulfates, y muriates de sosa, cal, y magnésia. Algunas veces se descubre en ella alguna pequeña porcion de hierro.

Esperiencia 1.

Llénese un vaso pequeño de agua destilada, y añádanse algunas gotas de solucion de jabon en alcohol, y el agua permanecerá transparente. Este reactivo debe emplearse para conocer la presencia de las sales térreas en el agua, por que si estas existen, la solucion produce una materia blanca, que se acumula en la superficie del líquido. La cantidad de esta materia indica el grado de impureza del agua.

Esperiencia 2.

Añádanse 20 gotas de solucion de oxalate de ammonia, á medio vaso de agua. Si se presenta un precipitado blanco, es señal de que el agua contiene cal. Por medio de este reactivo se puede descubrir un grano de cal, en 24,250 granos de agua.

Si este reactivo ocasiona un precipitado blanco en el agua que acaba de salir de la bomba ó de la fuente, y no despues de hervida y enfriada, la cal se disuelve en el agua por un exceso de ácido carbónico. Si continua produciendo un precipitado despues de haber sido hervida el agua, y concentrada de resultas del hervor, no hay duda que la cal está combinada con un ácido fijo.

Esperiencia 3.

Para conocer la presencia del hierro, añádanse á un vaso de agua algunas gotas de infusion de agalla de cipres: ó dégese nadar una agalla por el espacio de 24 horas, y si hay hierro el agua presentará un color azulado.

Esperiencia 4.

Añádanse algunos granos de muriate de barites á medio vaso del agua que se trata de ecsaminar. Si produce un color turbio, que no desaparece por la mezcla de algunas gotas de ácido muriático, es señal de contener ácido sulfúrico.

Esperiencia 5.

Si algunas gotas de solucion de nitrato de plata ocasionan

un color de leche en el agua, que se desvanece despues con una copiosa adicion de ammonia líquida, se debe creer que el agua contiene una sal, en cuya composicion entra el ácido muriático.

Esperiencia 6.

El ácido carbónico se conoce si el agua de cal ocasiona un precipitado, que se desvanece despues con la mezcla del ácido muriático.

Esperiencia 7.

Cuando la solucion de fosfate de sosa produce un color de leche en el agua, despues de previa adicion de otra cantidad igual de carbonate neutral de ammonia, indica la presencia de la magnésia. La aplicacion de este reactivo se hace del modo siguiente: Concéntrese una cantidad del agua que se trata de ecsaminar hasta reducirla á un veinte de su volúmen. Póngase en un vaso, y añádanse 5 granos de carbonate neutral de ammonia. Si se agrega igual cantidad de fosfate de sosa, la magnésia cae, en forma de sal insoluble.

Esperiencia 8.

La presencia del gas oxígeno combinado con agua, se descubre del modo siguiente.

Llénese una pequeña botella de agua, y añádasele una pequeña cantidad de sulfate verde de hierro. Si el agua está enteramente libre de oxígeno, y la botella perfectamente cerrada y llena, la solucion es transparente. En el caso contrario, se enturbia ligeramente, por la atraccion que egerce el óxide de hierro en el oxígeno, y una parte de él, mas oxidado que antes, se separa del ácido y se precipita.

Si examinamos las diferentes aguas que se aplican comunmente á los usos domésticos, hallaremos que reinan entre ellas muchas diferencias. Algunas contienen gran cantidad de materias salinas y térreas; otras se acercan mas ó menos al estado de pureza. Estas diferencias provienen del poder mas ó ménos enérgico que las aguas tienen de disolver las sustancias que se someten á su accion. Debe tenerse presente esta consideracion en la construccion de los aljibes. La práctica de forrarlos de ladrillos es sumamente viciosa, porque la permanencia del líquido en una sustancia de tan fácil solucion le hace contraer un sabor desagradable y cualidades malélicas.

Influjo del plomo en el agua.

Los efectos venenosos del plomo, cuando obra en el estómago del hombre, son tan conocidos que es inútil alegar nuevas pruebas en confirmacion de su peligrosa tendencia.

Los antiguos estaban tan penetrados de esta verdad como los modernos: sus precauciones contra el agua impregnada en plomo eran escesivas, y no deben parecer estrañas, puesto que carecian de los reactivos que descubren aquel

metal cuando está mezclado con otras sustancias.

Los modernos han caído en un error contrario. El descuido que se nota en el día tanto en las casas particulares como en los establecimientos y obras públicas. En este ramo importante de higiene, parece incompatible con los progresos que han hecho las ciencias físicas. No se necesita una gran dosis de conocimientos físicos para saber que lo único que puede evitar la acción del plomo en el agua, es la completa esclusión del aire atmosférico; y siendo casi imposible conseguirlo en los usos domésticos, fácil es calcular los funestos efectos que trae consigo semejante práctica.

Las líneas blancas que se ven en la superficie del agua conservada en vasijas de plomo, se forman de carbonato de plomo á espensas del metal de la vasija. Esta sal, admitida en el estómago, destruye poco á poco los resortes de la vida. Y tal fué la razón porque los antiguos prohibieron el uso de los tubos de plomo para la conducción del agua, habiendo observado que las personas que hacían uso de ella padecían grandes dolencias.

Las diferentes aguas potables tienen diversos grados de energía en su cualidad de disolver el plomo. En algunas partes se ha renunciado á los conductos de este metal, por el gasto que ocasionaban sus continuas reparaciones. El agua lo corroe en tales términos que lo destruye de un todo, quedando impregnada de toda la masa metálica que aniquila.

El célebre médico inglés Sir George Baker refiere el caso siguiente. Una familia compuesta de marido, mujer y veinte y un hijos estaba continuamente atormentada de graves y peligrosas enfermedades. Ocho de los hijos murieron en la juventud, y trece sobrevivieron á sus padres, pero sin gozar de un momento de salud. El padre estuvo parálítico muchos años; la madre no cesó de padecer cólicos y ostruccionen biliosas. Después de su muerte, la familia dejó la casa, y esperó un alivio repentino en sus males habituales. El nuevo propietario quiso reparar la bomba, que era de plomo, y entonces se vió que estaba tan corroida, que en muchas partes tenía agujeros. El techo de la sísterna había quedado reducido al grueso del papel.

Ha habido en Inglaterra pleitos muy curiosos, entre dueños de casas y constructores de bombas, por haberse quejado aquellos de la mala cualidad del metal que estos les habían suministrado, como parecía probarlo el deterioro que en poco tiempo habían sufrido los aparatos. Mas el informe de los peritos ha hecho ver en estos casos que estos efectos dependían de la acción química del agua en el metal.

Obsérvese en este punto una circunstancia muy curiosa y muy digna de la atención de los sábios. El agua que por carecer de grandes cantidades de aire y de gas ácido carbónico ejerce una acción casi insensible en el plomo, la adquiere en breve muy eficaz, por medio de la agregación de algun cuerpo extraño. Las materias vegetales son las que más fácilmente le dan esta propiedad. Una rama, una hoja que se introduce en los depósitos de plomo llenos de agua, basta para dar á esta un poder solvente que no posee en su estado natural. De aquí la necesidad del aseo en estos receptáculos. El famoso cólico saturnino de Amsterdam no tubo otro origen que el efecto químico de que vamos hablando. Van Swieten cita el caso de una familia entera que padeció la misma enfermedad por la misma causa. El Dr. Duncan habla de un buque inglés, en que los pasajeros, durante una larga navegación, no cesaron de padecer los cólicos más violentos, en tanto que la tripulación se mantuvo siempre en la mejor salud. Averiguada la causa, se supo que el agua de la cámara estaba conservada en vasijas de plomo, y la de los marineros en barricas de madera.

Nada se debe inferir de la universalidad del uso, ni de la salud de que disfrutaban las innumerables personas que beben agua, conducida en tubos de plomos. En primer lugar este modo de argüir es demasiado vago, general é inexacto. Entre 1,000 personas que están en este caso, seguramente hay muchas habitualmente enfermas, ó sugetas de tiempo en tiempo á varias incomodidades. ¿Quién sabe si estas no dependen del mismo principio? ¿Quién sabe si entre las que no padecen dolencias conocidas hay muchas á quienes el plomo está minando lentamente la vida sin hacer estragos visibles?

En segundo lugar, no todas las constituciones están su-

getas á la misma susceptibilidad morbífica. De aquí nace que en un individuo determinado, no debe hacer impresión el ejemplo general. Cien personas pueden estar bebiendo impunemente agua impregnada en partículas de plomo, por que en ninguna de ellas se halla el germen de la enfermedad que esta combinación fomenta y desarrolla. Mas esto no prueba que otras ciento tengan el mismo privilegio. Considerando además las varias y complicadas vicisitudes que experimenta el cuerpo humano, en diferentes épocas, edades y circunstancias, no parecerá imposible ni improbable que las sustancias de que se ha hecho uso, sin inconveniente, durante una serie de años, se conviertan después en malélicas y destructoras. Por tanto la experiencia de una ó muchas personas, es insuficiente para decidir una cuestión de esta naturaleza.

Los efectos perniciosos del abuso de los licores alcohólicos no es menos indudable por que haya personas á quienes este abuso no estorba gozar de buena salud durante muchos años. Lo mismo puede decirse de otros vicios que destruyen la vida. La naturaleza suele sostener la lucha con vigor; pero llega á ceder, y á sentir de golpe el influjo de las causas que se han estado acumulando, y preparando la catástrofe.

Para conocer la presencia del plomo en el agua, se puede emplear la siguiente experiencia.

Póngase en un vaso que contenga cierta cantidad de agua destilada, otra cantidad igual de agua impregnada con gas hidrógeno sulfureto. Esta mezcla no presentará alteración alguna: pero si se le añade $\frac{1}{2}$ de grano de acetate de plomo, ú azúcar de plomo del comercio, el agua adquirirá inmediatamente un color turbio y oscuro.

A estas consideraciones aplicables á la economía doméstica, séanos lícito añadir algunas otras, de una naturaleza más general, y ligadas con las principales verdades de la química, sobre la acción unida del calórico y del agua en la superficie del globo.

El calórico obra continuamente sobre las rocas por medio de las mudanzas que ocasiona en la temperatura; dilatando unas veces la superficie de la piedra é interponiéndose entre sus moléculas integrantes, y comprimiéndola de nuevo, cuando las abandona á su afinidad recíproca. Mas por lo común la acción del calórico va acompañada de la del agua, porque como el aumento de la temperatura produce un aumento de agua en la atmósfera, los dos fluidos se introducen juntamente en los cuerpos que se dilatan. Mas cuando se verifica la reacción, esto es, cuando baja la temperatura, el calórico y el agua no salen del mismo modo del cuerpo que han ocupado. El primero lo deja de un todo: no así la segunda, la cual deja todavía muchos restos en sus intersticios. Resulta de aquí una separación más ó menos considerable de las moléculas de las rocas espuestas á la doble acción de los dos fluidos; esta separación produce poco á poco la *desintegración*, es decir el desmoronamiento lentísimo, pero progresivo de aquellos cuerpos duros.

En las rocas compuestas de quartz, la alteración de que vamos hablando se verifica con mucha rapidez. En un lecho de arroyo, compuesto de piedras en que dominaba aquella sustancia, se ha visto en pocos meses una descomposición tan completa, que los golpes suaves de un martillo han bastado para reducir á polvo la costra exterior. El hierro que la piedra contenía se había oxidado, y había contribuido en gran manera á facilitar su ruina.

Esta es una de las muchas razones que pudieran alegarse para probar el gran influjo que el agua ejerce en la mayor parte de las operaciones de la naturaleza. En el círculo inmenso de las transformaciones de los cuerpos naturales, que tan eficazmente contribuyen á nuestra existencia, el agua debe considerarse como uno de los agentes principales y más poderosos.

La observación siguiente que acaba de presentar al mundo científico un sabio francés suministra una prueba muy notable de esta verdad. «En mi sentir, dice el Conde de Bournon (1) á la acción que ejercen las aguas en la descomposición de las rocas, debe atribuirse uno de los hechos más notables y más interesantes de los que ofrece el estu-

(1) Observaciones sobre el calórico y el agua. Paris, 1824.

dio de la Mineralogía: á saber, la abundancia del hierro en la superficie de la tierra. No solamente este metal precioso se muestra en la mayor parte de los minerales, si no que constituye grandes masas, costras y depósitos en los llanos, en los valles, y en los puntos colocados al pie de grandes elevaciones. ¿De donde puede provenir esta profusión, tanto mas estraordinaria, cuanto que el hierro en estos casos, se halla casi siempre en estado de óxido rojo ó de hydro-óxido? Segun los hechos que voy á presentar, la causa no es otra que la descomposicion de la mica, por medio del agua (1). En las rocas primitivas se echan de ver trazas mas ó menos considerables de un óxido de hierro, de un rojo muy encendido, que muchos geólogos habian atribuido á la inmediacion de alguna vena metálica. Yo estaba tambien en este error, hasta haber observado que estas trazas formaban una especie de corriente que bajaba por la inclinacion de la roca hasta un descanso ó plata-forma, cubierta enteramente de la misma sustancia. Entónces se me figuró que esta mudanza podia provenir de la accion del agua en la mica, y habiendome aplicado á examinar en un gran número de rocas los diversos estados de este mineral, lo he visto muchas veces en actual descomposicion, dando ya lugar á la formacion del óxido de diversos colores.

Esta descomposicion parece ser un efecto natural de la accion del agua en la parte de hierro comprendida en la mica; porque la oxidacion debe producir el desmoronamiento del compuesto, y el hierro, libre de los otros ingredientes con que estaba ligado, cede al peso del agua, y se deja arrastrar á los sitios inferiores.

Admiremos la benéfica prevision de la Omnipotencia, que ha dispuesto tan grandes depósitos de esta sustancia utilísima, proporcionando al mismo tiempo los medios de esparcirla generalmente en la superficie del globo en que señaló su morada.

(Museo Universal de Ciencias y Artes.)

Los jóvenes son locos.

(Conclusion.)

Desde entonces varió sin duda la vieja de intencion, porque separándose y colocando la redoma sobre una mesa, no se curó ya de aterrar á Eugenio. Este sobre quien estamos seguros que ninguna fuerza hubieran tenido todos los resortes que pudiera emplear la señora Agueda para atemorizarle, pues como hemos dicho, asi que se vió con luz volvió á recuperar toda su presencia de ánimo; merced á la casualidad maldita que habia hecho que se ocurriese á la vieja encerrar arañas en la botella, se hallaba en el mas lastimoso estado de anonadamiento que se puede imaginar.—La señora Agueda entonces, tierna como todas las mugeres, á pesar de sus setenta y tantos años y de su naturaleza sobrehumana; llevada de un sentimiento de caridad, ó acaso de otro no tan legitimo y mucho mas profano, se acercó á Eugenio y le condujo á una silla diciéndole:—«Hijo mio, eres demasiado joven aun, para que yo tenga un interes en destruirte; conozco que estás muriéndote de miedo; voy á despojarme de todos mis encantos, y á ser por un momento una muger como otra cualquiera—voy á oscurecer el sol de mis misterios. Ese lagarto que ves ahí brotando llamas por todas partes, es el padre de todos los espíritus que están encerrados en esa redoma; los ha tenido del legitimo matrimonio que hace muchos años contrajo, siendo padrino el mismo Satanás, con esta encantada gata, y le enseñó un hermoso gatazo, porque como nosotros no creemos lo del matrimonio con el lagarto, nos inclinamos á creer que lo era efectivamente, tanto mas

cuanto que á nosotros nos trae cuenta, por ser mas decoroso hablar en nuestro cuento de un gato que de una gata.—Dirigióse pues la señora Agueda a una mesa, cogió un vaso de agua que en ella habia en una mano y una cerilla en la otra, y acercándose al lagarto de luz, murmurando algunas palabras ininteligibles, encendió en él la cerilla, y despues arrojó sobre su cabeza, en forma de bautismo, todo el vaso de agua, y dejó de alumbrar el ahijado de Satanás, dejando al mismo tiempo un mas que medianamente detestable olor á azufre.—Nosotros presumimos que aquello seria un pedazo de cualquiera cosa, reortado en forma de lagartija, é iluminado despues con el auxilio de algunas capas de misto inflamado.—Concluida esta operacion, la señora Agueda colocó la luz sobre la mesa, y saliendo del cuarto entró en otro que le servia de alcaoba.—En muy poco tiempo volvió á aparecer delante de Eugenio, sin ninguna mancha en la cara, que á la verdad no por eso era mas agradable.—Ya no le hablaba con el tono enfático que hasta allí habia empleado—¡pobre muchachol esclamaba; queriéndole pasar la mano por la cara, cariño de que huia Eugenio, lleno de sobresalto, porque no hallaba apenas diferencia entre las desproporcionadas patas de las arañas, y los inconmensurables dedos de aquella mano.—No huyas por Dios, hermoso mio, le decia ella, haciendo nuevas tentativas para acariciarle, estoy decidida á no hacer contigo uso de mis encantamientos.—Asi era la verdad, y confesamos que sentimos de todo corazon, que abandonase tan pronto su plan de aterrar á Eugenio, porque entre los medios de que para ello se hubiera valido, no dejaria de haber alguno que nos hubiera divertido á nosotros al contarle, y acaso á nuestros lectores al leerle.

Eugenio, que acaso veia en los ojos de aquella muger lo que ninguno de nosotros sabe, porque no la vimos, rechazaba con horror los repetidos asaltos que aquella mano dirigia contra su rostro, sin que esto valiese de nada, pues que cada vez iba en aumento el entusiasmo de la señora Agueda, hasta que por fin anunció francamente con sus movimientos la intencion de darle un beso.—Entonces ya, viéndose amenazado el pobre Eugenio del mas pesado lance que puede suceder á un joven, del beso de una vieja, trató de defenderse por todos los medios que estaban á su alcance, sin que por eso cediese la vieja de su intento, travándose por consiguiente entre los dos una lucha, que nos haria reir si no lo consideráramos bajo su verdadero punto de vista: como un combate en que los enemigos, que por do quier encontraba nuestro héroe, eran unos labios secos y denegridos, puertitas de una boca sin fondo, y unas manos rugosas y acartonadas, frias como pudieran estarlo las de un cadáver.—El gato que, poco acostumbrado á ver gente en su solana á aquellas horas, desde un principio habia estado inquieto, seguia entonces con sus encendidas pupilas, dando á sus redondos párpados una prodigiosa estension, todos los movimientos de los combatientes, y fijaba sus terribles miradas en Eugenio con una atencion no interrumpida, peligrosa ciertamente para un hombre, cuando el que asi le da á los ojos es un gato.—Tan acosado se vió ya Eugenio por aquella muger, que entonces era efectivamente una feria, que se vió obligado á recurrir para librarse de ella, al medio de darle con violencia un golpe en el pecho, y derribarla al suelo.—Apenas habia caído la señora Agueda cuando el gato, llevado de su instinto, queriendo sin duda vengar á su ama, se lanzó sobre Eugenio con la velocidad que un ligre sobre su presa.—Al momento cayó Eugenio á plomo, como herido de un rayo.—Cuando se levantó la señora Agueda, halló al joven sin movimiento, y al gato muy afamado por desprenderse de las garras dos pedazos de carne ensangrentada.—Cogió la luz para examinar en que parte habia sido herido Eugenio—este tenia vacias las cuencas, poco antes llenas con dos hermosos ojos—por una desgraciada casualidad, el gato habia hecho presa en ellos.—La violencia del dolor le habia ocasionado un mortal desmayo.

La señora Agueda salió del cuarto con la luz—despues de bastante tiempo volvió con una cazuela y una jarra con el líquido que esta contenia, que era de un color casi dorado, lavó con mucho cuidado las heridas, y despues em-

(1) La mica es una de las partes constituyentes del granito. Es amarilla y tiene un gran lustre metálico. Se presenta en superficies hexagonas, compuestas de hogillas delgadas, muy transparentes. Cuando se halla en grandes masas suele revestirse de visos pardos y de color de humo. Es suave, y cede con facilidad á la punta de la navaja, convirtiéndose en polvo blanquizco. Contiene una porcion de hierro otra de potasa, y otra de manganésia.

pezó á frotarlas con violencia con el unguento, ó cosa parecida que contenia la cazuela.—Esta operacion duró como hasta un cuarto de hora; concluida, recogió la vieja los pocos chismes que por el cuarto habia, incluso el gato que se montó pacíficamente sobre su hombro, y ayudada de su luz, salió del cuarto, bajó la escalera que no estaba muy lejos, y bien pronto estuvo en la calle—entonces apagó la cerilla.—A pocos pasos se detuvo, llamó á una puerta, y dijo á quien salió á responderla: «diga vd. al señor alcalde de barrio que la señora Agueda se ha escapado ahora mismo, dejando medio muerto en su cuarto á un pobre muchacho; que vaya allá á socorrerle, y que sea pronto, porque aun casi puede que no llegue á tiempo:—hasta mañana.»—Comenzó á andar á pasos bastante largos, y bien pronto se perdió por una porcion de callejuelas, en que no habia ni aun un sereno.

Así que el alcalde de barrio recibió este recado, se levantó, salió de casa, y pidiendo auxilio al mas próximo cuerpo de guardia, se dirigió á la casa de la bruja, que era bien conocida por la señora Agueda.—Llegó á ella, hizo levantar á todos los vecinos, que estaban aterrados por el ruido que habian sentido en el cuarto de la vieja; pero que se habian contentado con meter bien la cabeza entre las sábanas, creyendo que era producido por un baile de demonios. Mas de veinte personas se encaramaron hasta la bohardilla; pero costó mucho trabajo el que una se decidiese á entrar en ella.—Por fin alguno mas valiente que los demas, rompió la marcha, y al momento se vió inundada de gente y de luz la estancia en que, aun desmayado, yacía Eugenio.—Un cirujano, que habia entre los circunstantes, se aproximó á él, y declaró, despues de examinarle, que aun vivia.—¡Pobrecito! dijo una caritativa vecina, bajarle á mi misma cama.—Eso es, replicó el marido!...—á saber quien será!...—En aquel momento le habia sacado el alcalde de barrio del bolsillo á Eugenio, una cartera en que habia tarjetas con las señas de una casa, que era la misma á que se dirigian todos los sobres de las cartas que se le encontraron; decidieron pues, despues de mil engorrosas disputas, llevarlo á aquella casa que efectivamente era la suya.—No volvió en sí hasta despues de seis horas.—Rodeaban su cama tres ó cuatro cirujanos, cuatro ó cinco mugeres, entre ellas el ama de la posada, y por turno asomaban la cabeza por las puertas vidrieras del gabinete, cinco ó seis vecinos que oficiosamente, como sucede en casos semejantes á este, habian tomado aquella casa por suya.—Gracias al buen remedio casero que poseia sin duda la señora Agueda, no sentía Eugenio el mas pequeño dolor en las ensangrentadas cuencas, y nadie pudo convencerle por consiguiente de que estaba en su cama.—Se creia aun en presencia de la bruja, á quien dirigia las encarecidas súplicas para que le deseneantase.—Creia contrahechas por ella todas las voces que, como la de su patrona, le eran bien conocidas, y confesaba de buena fé á la señora Agueda; de quien él aun no se habia separado, que creia de todo corazon en sus encantos, y la aseguraba que desde allí en adelante renunciaria á su despreocupacion, y convertiria en amor su desprecio á la honrada familia de los incubos, subcuhos, &c.—Cuando ya se cansaron los circunstantes de reirse del lastimoso estado á que se hallaba reducido Eugenio, que fué al cabo de unas dos ó tres horas, le dejaron solo.—Solo estuvo todo el día, la noche la pasó tambien hablando solo, sin un solo instante de sosiego.—Al día siguiente vino á verle su amigo Carlos, que no pudo tampoco convencerle de que era él quien le hablaba, pues que Eugenio creia tambien su voz contrahecha por la señora Agueda.—Carlos salió de la alcoba convencido de que habia brujas.—Dos meses se pasaron, y Eugenio aun creia que no se habia concluido la noche en que empezó su desgracia—otros cuatro se pasaron todavia en que estuvo esperando con paciencia la aurora.—Al fin de ellos su locura tomó otro carácter, y se convirtió en una verdadera furia; entonces se trató de ponerle en parte donde no pudiera hacer daño.—Eugenio no tenia familia—la mayor parte de sus amigos se habia ya cansado de sostenerle en su enfermedad, y los pocos que aun estaban resueltos á sacrificarlo todo por él, eran justamente los mas pobres; al cabo pues de otros dos meses, en que su locura se apaciguó un poco—no ya porque pu-

diera hacer ningun daño, pues el infeliz volvió á resignarse y á esperar pacientemente que amaneciese para salir de aquel estado—sino porque ya se le habian agotado todos los recursos, le encerraron en una casa de locos.—Doce años vivió sin poderse convencer de que estaba ciego.—Recorria con sus dedos los huecos de las vacias cuencas, creyendo firmemente que aquello era una ilusion producida por los encantos de la bruja.—Los doce años pasaron sobre él, sin que él creyese que habia pasado una noche.—Por fin murió, y acaso por premio de sus sufrimientos, hallaria la tan deseada aurora en el cielo—si por el contrario bajó al infierno, que todo puede ser, hé aquí un hombre, que á lo menos tuvo el tiempo suficiente para sacar todas las consecuencias posibles, de lo mucho que se padece en un insomnio.

Esto es lo que sabemos acerca de este suceso; hubiéramos querido estendernos al contarle, á hacer algunas reflexiones sacadas de la situacion de nuestro héroe, pero nos hemos contentado con presentar el hecho desnudo, porque estamos persuadidos de que nuestros lectores nos lo agradecerán, en obsequio á la brevedad.

De la verdad de lo que acabamos de contar responden; al poco interes que en sí encierra, signo característico de la verdad, vieja, fea, seca é insípida; la poca proporcion de los hechos entre sí, que se suceden, segun el orden con que efectivamente ocurrieron, sin la graduacion que en los incidentes ha inventado el arte, para la belleza del todo, y últimamente el tiempo que hemos empleado en escribirlo, porque ninguno de nuestros lectores nos supondrá tan locos, que malgastemos nuestras horas en escribir mentiras de este jaez. Nosotros les aseguramos que jamás nos hubiéramos entregado de tan buena fé, como lo hemos hecho en este caso, á un género tan generalmente tenido por malo, por los que saben mas que nosotros, si á ello no nos obligára la verdad de esta rara aventura, que aunque sin consecuencias morales, y por consiguiente inútil en una época, en que tan relajada está la sociedad, que solo necesita azotes y sermones, no ha dejado de afectarnos al llegar á nuestra noticia, por medios que descubriríamos á todo el mundo, si estuviera en nuestra mano.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

LA MARIPOSA. SONETO.

Traducción de Lamartine.

Su capulla al romper las tiernas flores,
La mariposa cándida aparece,
Y al ajarse el jazmin, desaparece;
Nada del claro día en los fulgores.
A las plantas les liba los humores;
En sus ramitas trémulas se mece:
De una en otra volando se embebece
En aspirar ufana sus olores.
Empero limpia en tierna edad el ala
Del polvo terrenal, y alzando el vuelo
Al éter puro, rápida se exhala.
Así mi ansioso pensamiento vuela
De cosa en cosa sin hallar consuelo,
Y vuelve al cielo en pos del bien que anhela.

J. BERRIOZABAL.

Suscripción abierta en la Librería de Rullan hermanos.

LA HISTORIA UNIVERSAL PINTORESCA antigua y moderna, desde la creación del mundo hasta 1845, puesta al alcance de todos y adornada con láminas de un mérito superior abiertas en acero por los mas acreditados grabadores ingleses y franceses, que representan los pasos mas famosos de la historia, las acciones mas memorables y los bustos de los varones mas eminentes. Texto por los profesores de historia en las universidades de París y de Gotinga. 24 entregas á 5 rs. constando cada una de 2 láminas y 32 columnas de texto casi foleo.

Imprenta de P. J. UMBERT.